



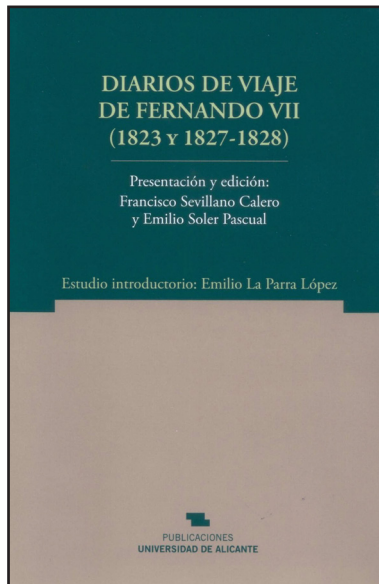
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 20 (2014)

Francisco SEVILLANO CALERO y Emilio SOLER PASCUAL (eds.) (2013), *Diarios de viaje de Fernando VII (1823 y 1827-1828)*, estudio introductorio de Emilio La Parra López, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 654 pp.



El viaje regio constituye uno de los procedimientos y estrategias políticas de la monarquía de todos los tiempos, cuyos objetivos no son otros que demostrar la ostentación del poder, de ahí su fuerte carácter propagandístico y simbólico. Suponen también una cierta toma de contacto con los estados de opinión respecto a la institución monárquica, por lo que su significado y alcance siempre van mucho más allá de las visiones meramente anecdóticas o populistas con las que se suelen asociar de cara a la opinión pública. Por otro lado, en momentos de cierta conflictividad política, social o ideológica también pueden ser buenos instrumentos de control siempre —claro está— al servicio del poder. Por tanto, su consideración se aparta de manera muy evidente de las otras tradiciones del viaje, como era el caso del viaje ilustrado o romántico, pues sus objetivos y miras estaban esencialmente en su ejecución como instrumentos políticos.

Entre los viajes que realizara Fernando VII, destacan dos de ellos, cuyos diarios permanecían inéditos hasta este momento, y que se conservaban entre los *Papeles reservados del Fernando VII (tomos 69 y 86)*, en el Archivo General de Palacio. Se trata de los viajes que realizó por España en 1823 y, poco después, entre 1827 y 1828. Si atendemos a la cronología de los mismos, podemos comprobar las dos coyunturas políticas tan extremadamente opuestas en

las que nos encontramos, pues el primero de ellos se realiza al final del Trienio Liberal, y el segundo tras la vuelta absolutista del monarca, esto es en plena Década Ominosa.

La recuperación de estos interesantes materiales es el objetivo del volumen que edita, por primera vez, la relación de estos viajes. El trabajo de edición, estudio y comentario lo realizan dos profesores de la Universidad de Alicante, Emilio Soler Pascual y Francisco Sevillano Calero, bajo el aval del profesor Emilio La Parra López, que firma la primera parte del completo estudio introductorio que acompaña la edición de estos «papeles reservados de Fernando VII». El resultado de todo ello es un espléndido y voluminoso libro de 654 páginas de un interés extraordinario por diversas razones que pasamos ahora a detallar.

Además del interés meramente intrínseco de los textos, si nos detenemos en la cronología de los mismos —febrero-noviembre de 1823, el primer de ellos, y septiembre de 1827-agosto de 1828 el segundo—, junto con sus respectivos itinerarios, se puede observar el marcado interés político de ambos viajes, pero dentro de circunstancias y contextos extremadamente diferentes, lo que otorga a estos viajes un mayor valor historiográfico e ideológico si cabe. Así, si en el primer caso, de lo que se trataba era de contribuir a la construcción de una imagen del monarca como rey constitucional, y de intentar subrayar su más que forzado compromiso con el nuevo sistema político —de ahí la inclusión de Cádiz como destino final del viaje— y proteger el sistema liberal de las tropas del duque de Angulema, en el segundo caso, nos encontramos con todo lo contrario: había que reforzar el absolutismo y sofocar cualquier atisbo de sublevación. Ahora había que restablecer el orden absolutista, desterrar cualquier duda sobre las ideas políticas del monarca y, consecuentemente, intentar borrar la memoria de la primera de las expediciones.

Bien es cierto, como subraya el profesor La Parra en su introducción, que Fernando VII es un rey que viaja, y viaja mucho. En 1796 lo vemos en Sevilla en calidad de Príncipe de Asturias, después en Barcelona para su boda en octubre de 1802, luego Bayona, el exilio de Valençay y en 1814 de regreso a España por Valencia para abolir el sistema de libertades que había traído consigo la Constitución liberal de 1812. Como puede suponerse, estos «viajes» de Fernando, el Deseado, respondían a intereses políticos y estrategias bien distintas. Algunos de ellos, incluso, son supuestamente forzados, y otros sin embargo sí responden a una clara voluntad política de acuerdo con su idea del ejercicio absoluto del poder —1814 fundamentalmente—. Su experiencia, en este sentido, podía afirmarse, era un aval sobre la eficacia de este tipo de maniobras que, por otro lado, tenían un amplio eco en la sociedad española, muy especialmente entre las clases populares, dado su alto valor propagandístico y simbólico —convenía subrayarlo.

Así, como bien nos explican Emilio Soler y Francisco Sevillano, en sus respectivos epígrafes introductorios centrados en estos dos últimos viajes se ponen de manifiesto las diferentes motivaciones políticas de ambas coyunturas. Para el primer caso era un viaje extremadamente forzado, y no solo para el rey, sino por las propias Cortes y las mismas circunstancias que obligan a desplazar al monarca hacia las tierras del sur de España, con destino hacia Cádiz, huyendo de una nueva invasión francesa al amparo del duque de Angulema. Un episodio cuyo desenlace final desemboca con la rendición de las tropas españolas, la liberación de la familia real y el restablecimiento del absolutismo borbónico.

En el segundo de los casos, las motivaciones no eran sino la gravedad que «iba adquiriendo la revuelta que estalló en Cataluña en julio de 1827». Había, pues, que poner fin a esta situación y restituir el orden absoluto, para evitar así una Cataluña insurgente y, por tanto, cualquier posibilidad de un nuevo Trienio Liberal.

Pero más allá de las coordenadas históricas, estos diarios, más allá de la reconstrucción día a día de cada una de las jornadas de los viajes, dado ese carácter privado, reservado, y

casi confidencial, de los textos, nos relatan en la primera persona del monarca sus reflexiones, conjeturas, opiniones sobre los otros protagonistas de la historia o la sucesión misma de los acontecimientos que precipitan el discurso de los hechos concretos y de la historia. Como ejemplo de este extraordinario valor documental, ahí quedaban las palabras del rey en las anotaciones del domingo 2 de marzo de 1823, que delataban más allá de los datos concretos y su concepción misma del ejercicio del poder despótico, el día a día de sus malas relaciones con las Cortes: «Hubo en las Cortes una discusión muy acalorada sobre nuestros viajes, dijeron mil pestes de mí; que yo fuera de todos modos, que si no podía ir en Coche, fuese en Silla de manos, y si no atado en un burro» (p. 158). Una de las muchas valoraciones que salpican unos diarios donde se deja ver un Fernando VII más íntimo en sus relaciones con otros personajes, simpatías y antipatías, apreciaciones más particulares, que sirven para reconstruir la mentalidad de un hombre absolutamente desplazado de la coyuntura política que le tocó vivir, y ante la cual se enfrentó siempre de manera muy violenta y desde una dominante incomprensión de las fuertes transformaciones que se habían producido en el ámbito de la política española y europea de los primeros treinta años del siglo XIX, lo que deriva para España en un panorama, desde un punto de vista político, bastante desolador.

Dados todos estos matices, y otros muchos que el lector podrá ir descubriendo en la lectura de estos diarios fernandinos, nos encontramos por tanto ante un sugestivo y original trabajo de recuperación, en el que, sin embargo, hubiera sido de cierto interés haber incluido un pequeño epígrafe en el estudio introductorio que hiciera dialogar ambos viajes, como la cara y la cruz de la misma moneda, tal y como se deja intuir en los textos de los profesores Soler Pascual y Sevillano Calera que, aunque cumplen con creces sus objetivos exegéticos, no obstante parecen que irían a desembocar en un apartado conjunto de conclusiones que, de esta manera, queda en la mera interpretación libre del lector. En cualquier caso, a pesar de esta casi «lectura abierta» de corte interpretativo, el trabajo que aquí se muestra es a todas luces excelente, porque como los mismos editores consideran, este libro supone un «lugar de encuentro con el pasado» en el que el historiador ha rastreado «las huellas dejadas por lo acaecido» y ha llevado a cabo una profunda y rigurosa lectura crítica que da «sentido a lo que sucedió». Todo ello se cumple de forma sobresaliente.

Alberto ROMERO FERRER